

## ELOGIO DE LA CREATIVIDAD EN EL ARTE Y LA PEDAGOGÍA

Por: Héctor Ceballos Garibay

A Pablo Latapi Sarre

La *creatividad* constituye uno de los atributos esenciales y consustanciales de los seres humanos. Y precisamente debido a su carácter primordial, ella debe convertirse en elemento directriz de las nuevas pautas educativas y culturales que hoy en día se plantean un doble y vital propósito: por un lado, contrarrestar el “vacío espiritual e intelectual” que prolifera en la sociedad globalizada y posmoderna; y, en segundo, recuperar y fortalecer la cosmovisión crítica y humanista que tantas afrentas y desvalorizaciones ha sufrido durante las postrimerías del siglo XX y en el breve pero trepidante transcurrir de la actual centuria.

En efecto, la importancia del ejercicio cotidiano de la *creatividad* se multiplica conforme avanza en el mundo contemporáneo esa funesta mancuerna constituida por el “pensamiento único” y el “analfabetismo estético”, los dos flagelos más temibles que afronta la *subjetividad moderna* en los tiempos que corren. Ciertamente, la mayoría de los individuos que pueblan el planeta en estos albores del nuevo siglo y milenio padecen, no obstante las bondades de la revolución cibernética y de la globalización tecnológica, un gravísimo déficit en cuanto a su conciencia crítica y un progresivo debilitamiento de su capacidad para utilizar el arte como un medio idóneo y placentero para hacer más bello el mundo que nos rodea.

Desde esta perspectiva, y a efecto de contrarrestar tanto la “manipulación de las conciencias” como la “domesticación del gusto” que imponen los medios de comunicación de masas y las grandes corporaciones mercantiles, nada resulta más urgente que reivindicar y al mismo tiempo interrelacionar los beneficios inherentes a la *pedagogía crítica* y a una educación artística sustentada precisamente en el elogio de la *creatividad*.

La tarea que proponemos no es sencilla, pues por un lado tenemos la hegemonía de una educación tradicionalista y positivista que se fundamenta en cuestiones como la memorización, la acumulación incesante de datos, la disciplina autoritaria, la imposición de valores discriminatorios, la rigidez conceptual, la ortodoxia metodológica y la sacralización de la razón y la ciencia; y, por el otro, nos enfrentamos a una estructura económica fetichista y despilfarradora que utiliza todos los recursos mercadológicos y técnicos (televisión, cine, videos, Internet, etc.) a su alcance para inducir en las

poblaciones un modelo de vida sustentado en el *imperio de lo efímero*: la masificación de las modas, el consumo suntuario, la manipulación del ocio y la propagación de una sensibilidad *kitsch* que vuelve a los sujetos incapaces de distinguir lo feo de lo bello, lo cursi de lo sublime, lo trillado de lo original, el pseudoarte de la verdadera creación artística.

Para combatir este aciago panorama cultural y educativo (agravado por el predominio del analfabetismo real en los países subdesarrollados y del analfabetismo funcional en los desarrollados), es perentorio apelar a la fructífera simbiosis entre la *pedagogía crítica* y la educación artística como una alternativa posible y eficaz para salir del marasmo civilizatorio actual. Sólo así, por medio del aprendizaje crítico y estético, estaremos en condiciones de construir una convivencia humana que se fundamente en el ejercicio cotidiano de la *creatividad* y en el embellecimiento diario de nuestro entorno natural y social.

Tres son las directrices que conforman el horizonte de la *pedagogía crítica*: el *espíritu crítico*, la *voluntad de invención* y la *dimensión de lo complejo*. El primer concepto se refiere a las tareas de ponderar y cultivar con particular énfasis la capacidad humana de raciocinio, esa potencialidad que tenemos los individuos para aprender a formular preguntas y a cuestionar los valores establecidos con el fin de superar lo caduco y lo erróneo, y, al mismo tiempo, conservar lo que haya permanecido vigente en el movimiento incesante de las relaciones sociales. El amor al conocimiento y la objetividad a la hora de confrontar los cambios ocurridos en la realidad son, sin duda, dos criterios que permitirán mantener vigoroso el *espíritu crítico*, actitud intelectual sin la cual no ocurriría el avance científico ni la formulación de nuevos conceptos explicativos del acontecer dinámico en la naturaleza y la sociedad.

El segundo concepto, la *voluntad de invención*, alude al papel destacado que a lo largo de la historia ha desempeñado esta iniciativa humana en donde se amalgaman factores tan diversos como: la imaginación, el riesgo, la aventura, la fantasía, lo inverosímil, la ingenuidad, la incertidumbre y la búsqueda de lo imposible. Actitudes que revelan el intento prometeico de los individuos por alcanzar un dominio y un conocimiento más certeros de la sociedad y la naturaleza. Según lo demostró Arhur Koestler en su célebre libro *Los sonámbulos*, gracias a este esfuerzo de innovación constante y de elucubración mental sin límites, un estado psíquico parecido a la ensoñación, la ciencia ha avanzado a pasos agigantados y por los caminos más impredecibles. Tal como se atestigua a través de los descubrimientos aportados por algunos de los genios que ha dado la humanidad, deben ser bienvenidas todas las conductas intelectuales que se atrean a pensar lo incierto, a yuxtaponer los marcos de referencia contradictorios, a concebir el mundo al revés y desde diferentes ángulos, a proponer situaciones absurdas, a tolerar la ambigüedad, a relacionar planteamientos incompatibles, todo ello con

el objetivo último de arribar a luminosos y revolucionarios conocimientos que contribuyan a enriquecer y mejorar la existencia humana.

El tercer y último concepto, la *dimensión de lo complejo*, hace referencia a una manera peculiar y profunda de visualizar la realidad estudiada. Ya no se trata, tal como lo hacía la pedagogía tradicional, de buscar la reducción, el aislamiento y la simplificación máxima del objeto de estudio, sino que ahora lo que se desea es construir categorías dinámicas capaces de aprehender la intrínseca complejidad de las cuestiones analizadas, sean éstas fenómenos naturales o problemáticas sociales. En ambos casos, el cambio de perspectiva es de vital importancia: el objeto de investigación aparecerá ahora como un universo complejo, enigmático, dialéctico, inabarcable en forma absoluta, y el cual, para ser conocido con certidumbre, requiere de una metodología y de conceptos que igualmente sean complejos, dinámicos y creativos al indagar sobre las interrelaciones cambiantes de las partes entre sí y de las partes con la totalidad a la que se integran y en donde adquieren su sentido esencial. A diferencia de la enseñanza tradicional, acostumbrada a simplificar, aislar y clasificar rígidamente las categorías, sugerimos la incorporación de la *dimensión de lo complejo* como herramienta hermenéutica que se fundamenta en el paso del análisis a la síntesis, de la inducción a la deducción, de lo particular a lo general, de lo inmediato a lo mediato, de la parte al todo. Únicamente de este modo se logrará la construcción de grandes síntesis dialécticas en donde los elementos particulares sean especificados y comprendidos después de haber sido iluminados gracias a su integración dentro de un todo complejo que les proporcione sentido y significado.

Se trata, asimismo, de que asimilemos el carácter multidimensional y polifacético de cada suceso histórico, ya que ningún acontecimiento social puede ser explicado de manera aislada, sin que lo insertemos en un contexto más amplio; aludimos a ese espacio conceptual en donde se verifica la compleja imbricación de fenómenos económicos, políticos, ideológicos y culturales que se estructuran y que finalmente determinan la configuración y la comprensión concretas de las acciones humanas. Sin duda, recurrir a la perspectiva de la *complejidad* no es otra cosa que proceder justo como lo hace el propio pensamiento cognitivo durante el proceso paulatino de edificar el bagaje cultural y la subjetividad particular que va a distinguir a cada individuo: asociar conceptos, relacionar temas, confrontar experiencias, asimilar problemas, jerarquizar valores, sumar autores, en una palabra, arribar a una síntesis luminosa de conocimientos y vivencias específicas que, concebidos como parte de un todo más amplio, producen ese resultado prodigioso que conocemos con el bello y emblemático nombre de *sabiduría*.

El objetivo de la *pedagogía crítica* es alcanzar esta suprema integración de actitudes y perspectivas, amalgamando el *espíritu crítico*, la *voluntad de invención* y la *dimensión de lo complejo* con miras a la construcción de una mentalidad lúcida y lúdica que esté preparada para hacerle frente a los enormes retos sociales e intelectuales que acarrea consigo el siglo XXI. Los frutos por venir se reflejarán, sin duda, en un individuo capaz de fusionar creativamente el raciocinio lógico y la inteligencia emocional, la reflexión y la imaginación, la razón y la intuición, el rigor científico y la capacidad lúdica, el azar y la necesidad, la objetividad y la incertidumbre, las certezas y el absurdo, la claridad y lo ininteligible, lo conocido y la ambigüedad. A estas simbiosis provechosas habría que añadirle una más: la que vuelve compatible el hecho de poseer una sólida autoestima personal y, al mismo tiempo, estar conscientes de nuestra insuperable vulnerabilidad como personas y como especie. Esta “conciencia desdichada” conlleva una experiencia dolorosa, ya que presupone la desmitificación y el desencanto, sin embargo ella se convierte en uno de los requisitos que tenemos hoy en día los seres humanos para construir un mundo tolerante y pacífico, plural y democrático, en donde los individuos se acepten mutuamente y las diferencias ideológicas, políticas, raciales, étnicas y sexuales ya no sean una fuente de odio y discriminación, sino una pauta para el enriquecimiento cultural y estético de los individuos y las sociedades.

Por sí misma, la *pedagogía crítica* no es un factor suficiente como para garantizar la edificación de una “utopía concreta” como la aquí esbozada. De modo que para tener éxito en esta empresa de dimensiones colosales, también se requiere del concurso de los atributos específicos que le son consustanciales al arte y a la educación artística, dos actividades que son fruto venturoso de la *creatividad*.

El arte, como es sabido, no sólo es un medio de autorrealización individual, igualmente constituye un modo esencial de la humanización de la especie, es decir, una forma de contribuir a la apropiación de la naturaleza y a la construcción de vínculos civilizatorios (medios de producción, instituciones, tradiciones, lenguaje). En este sentido, el arte siempre ha jugado un papel definitivo y defensorio en la dinámica histórica de todas las sociedades: ya se trate de actividades como la edificación de las tumbas faraónicas en Egipto, de los poemas homéricos en la Grecia antigua, de los acueductos y foros en la Roma imperial, de las iglesias románicas y góticas medievales, de la novela moderna o de la arquitectura funcionalista del siglo XX. Puede decirse entonces, sin temor a equívocos, que toda expresión artística genuina genera multitud de efectos en el seno de las sociedades donde ha nacido: ya sea como documento y crónica de un tiempo histórico determinado, o ya se trate de la apología o bien de la crítica al sistema económico y político que ha impuesto socialmente su hegemonía.

Además de ser un testimonio estético y sociológico de cualquier sociedad y época histórica, el arte también posee la virtud de proyectar su enorme valía en un plano más específico, nos referimos a su inmenso potencial como un medio fundamental e idóneo para alcanzar la anhelada educación integral de los individuos. En efecto, la *función pedagógica* del arte tiene que ser reiterada y exaltada hoy más que nunca, sobre todo de cara al creciente “analfabetismo visual” que muestran la mayoría de los habitantes de las sociedades posmodernas. Nos referimos a individuos –principalmente niños y jóvenes– que no sólo son incapaces de hacer una crítica racional y bien informada del mundo tecnocrático que les ha tocado vivir, sino que tampoco poseen las facultades para apropiarse estéticamente del mundo que los rodea. En otras palabras, debido al predominio de la seudocultura y el seudoarte que proliferan en los medios de comunicación de masas y en la publicidad mercantil, los sujetos no tienen las herramientas educativas como para desarrollar una sensibilidad que no esté enajenada y manipulada por los estereotipos que propaga de manera subliminal y explícita la sociedad capitalista actual. Un ejemplo que se contrapone radicalmente a esta “ceguera estética” contemporánea lo encontramos, de manera anticipada, en la obra plástica de un artista alemán de los años veinte de la pasada centuria, Karl Schwitters (1887-1948), quien tuvo la extraordinaria lucidez de postular que incluso un montón de basura podía esconder una belleza sublime para el artista. En carta a un amigo, escribió: “Esta mañana visité el lugar donde los barrenderos amontonan la basura. ¡Dios mío, qué bello era! Este lugar muy bien podría ser tema para un cuento de hadas de Andersen, esa concentración de basura, botes, canastas, cacharros, cuencos, jarros metálicos, alambres, linternas, pipas, tubos de lámparas y cañones de chimenea que la gente tira. Realmente creo que esta noche soñaré con ese sitio, y en el invierno tendré mucho que hacer con todo eso en mi obra. Será un verdadero placer llevarte allí, pues es un auténtico paraíso para el artista, por muy feo que sea”.

El malestar civilizatorio aquí referido es grave, pues debido al predominio de la subcultura *kitsch*, los jóvenes posmodernos no sólo no saben valorar la belleza estética y la trascendencia humanística de las grandes obras de arte, sino que tampoco han desarrollado una *sensibilidad* apropiada que les permita disfrutar estéticamente de los cientos de objetos que los circundan: muebles, tejidos, artículos industriales, enseres domésticos, construcciones arquitectónicas, artesanía, etcétera. A tal grado es nociva la impronta de este universo de criterios uniformados y de masificación del “mal gusto”, que resultaría una tarea en exceso ambiciosa pedirle a estos voraces consumidores de productos “chatarra” que descubran las connotaciones creativas y artísticas inherentes a algunos de los objetos más comunes que utilizan en su vida cotidiana.

Si a este “analfabetismo estético” le añadimos las carencias intelectuales que padece el *homo videns*, sobre todo en lo referente a su incapacidad para la reflexión crítica y el manejo del lenguaje escrito y verbal, entonces no hay razón para asombrarse de cuán patéticas son las deficiencias que muestran los adolescentes que ahora enfrentan los retos sociales inherentes al nuevo siglo. Aludimos a la problemática de hombres y mujeres que, no obstante contar con todos los recursos cibernéticos a su disposición, ingresan a un mercado laboral, ya de por sí reducido y altamente competido, en condiciones harto desfavorables en lo que respecta a cierto tipo de habilidades tales como: la memoria, la concentración, la abstracción, la conceptualización, el discernimiento crítico y la sensibilidad estética; capacidades que deben ser aprendidas y desarrolladas a lo largo de todos los ciclos escolares, desde la primaria hasta llegar a la educación universitaria. Uno de los factores explicativos de este vacío intelectual y espiritual reside en la progresiva sustitución de la “cultura escrita” por la “cultura visual”, es decir, en el desafortunado reemplazo de los libros como fuentes de conocimiento y de aprendizaje por los medios electrónicos como la televisión, la computadora y los videos. El resultado, en términos educativos, no podía ser más desastroso: por un lado, la proliferación del “analfabetismo funcional”, y, por el otro, el surgimiento de nuevas patologías sociales como la teleadicción y el autismo que caracteriza a los cibernautas.

La educación artística, concebida como actividad impulsora de talentos individuales y como disciplina humanista esencial para el aprendizaje de los educandos, es quizá la manera más expedita y sencilla para intentar contrarrestar y superar el gigantesco déficit educativo que van arrastrando estos jóvenes nacidos en los marcos estructurales de la sociedad cibernética. Y aunque el sistema de dominación capitalista continúe existiendo como un mundo materialista y cosificado, basado en el consumo incesante y en el despilfarro masivo, no debemos conformarnos o resignarnos a esta producción en serie de autómatas insensibles y acrílicos. Por el contrario, es tiempo de que incrementemos los esfuerzos encaminados a combatir las lacras tecnocráticas y los efectos nocivos de la sociedad informática globalizada, recurriendo precisamente a una revolución educativa que nos permita ganar las conciencias de los niños y los jóvenes, recuperando así, palmo a palmo, la esfera estratégica de la *subjetividad*, ese espacio vital en donde se modelan las características esenciales del *hombre integral*.

En resumidas cuentas, sostenemos que lo importante no sólo es procurar que la persona aprenda a producir y a disfrutar el arte, sino que a través del arte se aprenda a ser *persona*. Ambas cosas son concomitantes, y ellas presuponen la reivindicación de la *creatividad* como el principal sustento de la *pedagogía crítica* y de la educación artística.

Las tareas primordiales de la educación artística consisten, precisamente, en desarrollar las capacidades sensoriales e intelectuales de los individuos. Ello se logra si, desde la más tierna infancia, se cultiva la enseñanza del lenguaje de los sentidos (visual, auditivo, corporal) y se comienza así el lento e inagotable proceso de fomentar la sensibilidad y el “buen gusto”, el amor a la vida y el espíritu hedonista, la perspectiva crítica y el ingenio lúdico. Los resultados de una experiencia semejante estarán, tarde o temprano, a la vista: *individuos creativos* capaces de poseer un ego fuerte y, al mismo tiempo, una mejor facultad de comprensión, valoración y comunicación con sus semejantes y con el mundo que los circunda.

En términos más específicos, los pasos a seguir serían los siguientes: 1- Aprender a manejar los colores, las texturas, los materiales, los sonidos, las palabras, el propio cuerpo, las imágenes y los símbolos en forma novedosa y creativa, en el entendido de que ello constituye una forma gozosa y benéfica de expandir las habilidades manuales e intelectuales de los individuos; 2- Aprender a cultivar el “buen gusto” y la sensibilidad perceptual gracias a una “educación de los sentidos”, la cual nos permita valorar la *belleza estética* de todos los productos artísticos, artesanales, industriales, etcétera, creados por la mano y la mente del ser humano. Todos ellos, objetos efímeros o trascendentes que conforman el mundo material y simbólico que nos rodea, y a los cuales utilizamos de manera pragmática en nuestra vida cotidiana sin que nos percatemos de que detrás de su diseño quizá se esconda una belleza estética que no hemos sabido descubrir; 3- Aprender un oficio artístico e intentar ejercerlo como medio de realización personal y profesional, a sabiendas de que si se tiene talento resulta un privilegio ganarse la vida gracias a una actividad que nos produce placer y nos genera satisfacciones intensas (mismas que no abundan, por desgracia, en la mayoría de los trabajos rutinarios y agotadores que se ofertan en el mercado laboral); 4- Aprender a utilizar el inmenso potencial que tiene el arte como fuente de conocimientos sociológicos y filosóficos en torno del individuo y la sociedad; una sabiduría certera y compleja, siempre iluminadora, que subyace en todas las obras maestras de la literatura, en los grandes frescos pictóricos, y en todos los productos artísticos que testimonian la grandeza y la fragilidad de la humanidad: sus guerras, sus inventos tecnológicos, sus cantos a la naturaleza y al amor, sus expresiones de heroísmo y perversidad, sus tendencias a la explotación y la solidaridad, y sus manifestaciones de ternura y crueldad; todos ellos, componentes de la intrínseca ambigüedad moral que nos distingue como especie; 5- Aprender a concebir el arte como una síntesis de espontaneidad, emotividad y expresividad, elementos que sin duda convierten a la práctica artística en la forma más provechosa y divertida con la cual ocupar el tiempo de ocio y esparcimiento, un tiempo libre que resulta de vital importancia para la renovación de las energías y el

vigor espiritual de toda la sociedad; y 6- Aprender a derivar del arte sus numerosas bondades terapéuticas y de salud pública: desde su utilización como medio de relajación psicológica, como medicina para mejorar el estado anímico de los enfermos, y como el camino más apropiado para fortalecer la autoestima personal y, por esta vía, volver más fácil y placentera la convivencia social.

La educación artística deberá buscar la conjugación de estos seis tipos de aprendizaje si quiere contribuir a la formación de *hombres y mujeres integrales* capaces de tener plena conciencia de su identidad como seres autónomos y creativos. Sólo así, fortaleciendo la amalgama de la inteligencia y la sensibilidad humanas, podremos aspirar a que cada individuo se incorpore de manera eficiente y solidaria a sus respectivas comunidades, sin que pierda por ello su peculiar perspectiva crítica, su rebeldía natural y su disposición a gozar la vida con intensidad.

A manera de conclusión, nos sumamos al planteamiento radical que postula que no es viable querer mejorar o cambiar las estructuras económicas y políticas de cualquier sociedad, si previamente no se mejora y cambia la *manera de ser* de los individuos, su personalidad como sujetos que piensan, actúan, sienten, sueñan y, por fortuna, también crean o disfrutan de las obras artísticas. De ser esto cierto, no hay duda que los desafíos sociales y culturales con miras a construir una nueva *subjetividad humanista* serán cada día más difíciles de superar. Debido a la gravedad de los lastres y déficits educativos aquí mencionados, no es posible dilucidar de quién será la victoria final. De lo que sí tenemos certeza, en cambio, es de que para arrostrar esta pelea a muerte en contra de la mentalidad cosificada y tecnocrática que hoy pulula por el mundo, afortunadamente contamos con dos formidables armas a nuestro favor: la *pedagogía crítica* y la *educación artística*.



